

El pájaro miná común nunca sabía qué podía acabar con él. En un minuto estaba pavoneándose a lo largo de la barandilla de madera delante de otros dos pájaros más pequeños, que estaban picoteando de un plato de plástico su comida, que al segundo siguiente, un plomo para pesca se estrellaba contra su pecho, matándolo al instante. Su sorprendido compañero lo vio caer desplomado contra el porche de madera. Pero en lugar de emprender el vuelo, revoloteó hasta alcanzar la rama de un árbol que rozaba la barandilla, sin estar muy seguro de lo que estaba pasando. Apenas había posado sus patas sobre la rama cuando, de la nada, otro plomo se estrelló contra su garganta, rompiéndole el cuello. Los ojos del miná se cerraron, cayó del árbol y aterrizó muerto sobre la espesa hierba, a los pies del porche. El hombre que estaba en el comedor, vestido con una camiseta blanca y unos pantalones cargo azules, bajó el tirachinas y se dirigió hacia la puerta con mosquitera que permanecía abierta y daba al exterior. Miró hacia el primer miná muerto un momento, al tiempo que le propinaba una patada con la puntera del pie derecho y lo echaba del porche. Cuando el pájaro llegó a estar junto a su compañero en la hierba, el hombre les dedicó una sonrisa triunfante a los dos minás muertos.

—Os tengo, malditos —dijo el hombre—. A los dos.

La pareja de pájaros más pequeños apenas se había dado cuenta de aquella acción violenta que acababa de producirse. Simplemente habían parado de picotear los trozos de pan durante un instante para alzar la mirada hasta el hombre que se hallaba cerca de ellos. Luego, después de mover la cabeza como gesto de reconocimiento amistoso, continuaron comiendo.

A Mick Vincent, el electricista de Newcastle, le había costado seis frustrantes semanas matar a los dos minás del porche de su casa en Bar Beach. Un mes y medio observando cómo intimidaban y robaban la comida que él les dejaba a los dos pajaritos, a los que cariñosamente llamaba Ike y Tina; pero en cuanto abría la puerta mosquitera para dispararles, los minás emprendían el vuelo. Al final, Mick se dio cuenta de que la mejor manera para atrapar a los minás sería dejar la puerta mosquitera abierta, esperar en la penumbra al lado de la mesa que estaba junto a la cocina con su tirachinas, tumbar al primero y, quizá, derribar al otro si alguna vez regresaba. Cuando el segundo miná se quedó revoloteando alrededor, Mick no podía dar crédito a su suerte. Pero era rápido con el tirachinas; rápido y extremadamente preciso. Fue el resultado de dos años viviendo en una caravana en Queensland mientras sus padres regentaban una hamburguesería. Todos los niños de diez años que Mick conoció en Maryborough tenían un tirachinas o una honda, fabricados con una pequeña horcadura de árbol, dos tiras hechas con las cámaras de aire de las ruedas de las bicicletas y la lengüeta de un zapato, para disparar contra los sapos de caña. Y con un instinto innato, no pasó mucho tiempo antes de que Mick se convirtiera, de lejos, en el mejor tirador de su grupo de *larrikins* con los que pasaba el rato en el parque de caravanas. El joven Mick podía disparar a un sapo de caña mientras daba un brinco de veinte metros, sin dar tiempo siquiera a los otros niños a cargar sus armas. Incluso hoy por hoy, no había perdido ninguna de sus habilidades con el tirachinas y le seguía gustando probar su puntería con latas, botellas o lo que fuera. No obstante, su versión adulta del tirachinas, hecha con goma de arpón montada en un marco de metal, era infinitamente más potente que los que tuvo cuando era un niño, y las bolas de rodamientos o los plomos para pescar eran mil veces más precisos y mortales que las piedras o los guijarros. Mick podía hacer diana con una bola de rodamiento en un cuervo o en una rata a cincuenta metros, o clavar un plomo entre los ojos de cualquier

gato salvaje que apareciera cazando pájaros por el barranco que quedaba a los pies de su casa, a veinticinco metros, en un abrir y cerrar de ojos. El joven electricista entró en su vivienda, cerró la puerta mosquitera y le guiñó un ojo a su reflejo en el espejo de la puerta corredera.

—Hola, asesino —dijo, dejando caer su tirachinas sobre la mesa del comedor—. Lo has vuelto a hacer.

Sin embargo, la sonrisa que se reflejaba no parecía la de un asesino. De altura media, con una complexión normal, con los ojos verde claro y el pelo negro peinado sobre una cara alegre. El reflejo encajaba más con el de un hombre joven sencillo, que se mantenía bastante en forma y al que le encantaba el sol, que con el de un asesino. Y aunque los treinta y un años de vida de Mick Vincent no habían sido un camino de rosas precisamente, al simpático electricista le sobraban motivos para estar alegre.

La casa de tres habitaciones en la que vivía, al final de la avenida Fenton, la había heredado de su difunta tía Nina y, con sus vistas sobre el puerto de Newcastle y la costa más allá, tenía bastante valor. Mick había vivido con su tía Nina desde que sus padres fallecieron en una inundación repentina cuando él tenía veintidós años, y, cuando ella inesperadamente murió mientras dormía, Mick se sorprendió al descubrir que su tía lo había nombrado su heredero tres años antes y le había dejado como herencia la casa entera. Tenía una hermana dos años más joven que él, Alicia, quien se marchó de Newcastle cuando tenía veinticuatro años y ahora vivía en Balmain, en Sídney, con su novio Tory, un traficante de cocaína oculto bajo la piel de un corredor de Bolsa. Por desgracia, Mick no se llevaba bien con Alicia ni tampoco con su novio. Y el que su hermana no apareciera en el funeral de su tía Nina le resultó conveniente en cierta manera. Hasta entonces había intentado mostrarle a Alicia su amor de hermano y con frecuencia la llamaba para saber cómo estaba. Pero cuando alguna vez había ido a visitarla, las rayas de cocaína eran su recibimiento, nunca la alfombra roja. Siempre lo habían

acusado de ser demasiado cuadrículado y de miras muy estrechas y le decían que debería de abandonar Newcastle y ampliar sus horizontes.

Pero Mick era un chico nacido y criado en Newcastle. Fue al colegio West Gateshead y al instituto Gateshead. Su aprendizaje se lo dio la carretera. Y en cuanto a lo de ser una persona de miras estrechas, ¿cómo no serlo? Además de tener playas estupendas, agua limpia y buen aire, *Miss Universo* era de Newcastle. El mejor jugador de la liga de rugby, un campeón mundial de boxeo y uno de los mejores grupos de música eran de Newcastle. Y un surfista que era campeón mundial había crecido en Bar Beach. El equipo de rugby de Newcastle había ganado la liga de primera división. Y aunque cuando cerró la acería fueron tiempos duros, ahora Newcastle se había recuperado y había resurgido, alcanzando la mejor versión de sí misma. Mick había hecho los viajes obligatorios a Bali y a Hawái, pero «Newy» se llevaba la palma. En realidad, Alicia y su novio podían quedarse con Sídney o con cualquier otro sitio al que les diera la gana ir.

Para ser un hombre que vivía cerca de la playa, a Mick no le interesaba para nada el surf. Mick y su círculo de amigos más cercanos hacían bodysurf y esnórquel, o se limitaban a deslizarse sobre una colchoneta o una tapa. Eran seguidores de los Knights, pero también acudían a ver los partidos de los Jets y les gustaba dar patadas a un balón en Reid Park o repartir raquetazos en una pista de tenis. La mayoría de ellos eran obreros, les gustaba beber cerveza, pero solían frecuentar hoteles como el Kent o el Brewery para escuchar conciertos. Casi todas sus fiestas acababan en casa de Mick junto con sus novias.

En el sótano de su casa estaban el cuarto de la lavadora y un garaje doble, y entre estas dos habitaciones había un gran trastero. Mick lo había limpiado y lo había habilitado con taburetes y viejos muebles de salón, y un buen equipo de música. A este lugar lo llamaban el bar Beach Bar de Mick. Los chicos solían ir ahí y beber cerveza, whisky, y gritaban, mientras que las chicas

bebían piña colada y cócteles de ron o ginebra al mismo tiempo que se reían de los chicos. La novia de Mick era una chica morena, robusta y con los ojos marrones llamada Jesse Osbourne.

Jesse, u Ossie como le gustaba a Mick llamarla, era el amor de su vida. No se trataba de una belleza despampanante y, aunque se la mirase con buenos ojos, la afeaba su nariz rota (la primera vez, en un partido de *netball* y la segunda, cuando fue a clases de *kickboxing*). Pero Jesse sabía besar, y cuando hacían el amor era apasionado y excitante y siempre les dejaba a los dos con una sensación de estar en el paraíso.

Jesse vivía encima de su librería, en una vieja casa de madera de dos pisos de su propiedad, en la calle Mitchell, en la zona de Stockton. Había llamado a su tienda El Ojo que Todo lo Ve, y estaba en una esquina cerca del hotel Gladstone, donde conoció a Mick hacía dos años. Mick acababa de terminar un trabajo unos portales más allá cuando chocó literalmente contra Jesse, que volvía de la cocina del hotel con un plato de pescado y un vaso grande de limonada. Tomaron asiento cerca de la gramola situada al fondo, empezaron a conversar y Jesse invitó a Mick a su casa para que viera la tienda. Mientras él estuvo allí, arregló una toma de corriente un tanto floja y desde entonces no se habían vuelto a separar. A Jesse le gustaba la honestidad de Mick y su sentido del humor y, a pesar del niño pequeño que llevaba dentro algunas veces, era un hombre trabajador y autónomo. Mick se sintió atraído por la inteligencia de Jesse. Sabía prácticamente de todo: misticismo, teorías conspiratorias, el pensamiento de la Nueva Era, temas relacionados con otras partes del mundo, ovnis, etc. Podía mantener una conversación sobre casi cualquier tema y se labró un porvenir comprando y vendiendo libros en la librería o por internet. Era una ávida lectora, capaz de realizar lecturas rápidas. Mick nunca había visto nada parecido a eso. A él le llevaba medio día leer los periódicos del domingo. Jesse se leía dos revistas y hacía el crucigrama en quince minutos. Después de enamorarse, Jesse se convirtió también en una buena amiga.

La empresa de Mick había crecido. Por ello, contrató a otro electricista, un hombre más joven que él, que se le parecía físicamente, llamado Mark Brooks. Mark era tan buen trabajador que un año más tarde Mick le hizo socio júnior y la empresa pasó a llamarse «M y M Servicios Eléctricos». Tres semanas atrás, fueron a hacer un trabajo a Speers Point que consistía tan solo en cambiar una bombilla a un anciano pensionista. Mick estaba un poco resacoso, por lo que Mark se ofreció a hacerlo mientras él esperaba en la furgoneta a ver si se recuperaba. Mark apagó la luz bajando el interruptor y descuidadamente comprobó con un destornillador el entrelazado de cables que hacían la conexión. Justo en ese momento, con su mejor intención, el querido anciano observó que la cocina estaba a oscuras y encendió la luz para que Mark pudiera ver mejor. La vieja casa tenía techos altos y, además de los efectos de la descarga eléctrica, el electricista se rompió el cuello cuando se cayó de la escalera.

El funeral fue horrible. Mark venía de una gran familia y todos ellos culpaban a Mick de lo que había ocurrido. Uno de los hermanos de Mark, de hecho, llegó a amenazarlo. Y en su opinión, tenían razón. ¿Por qué no había estado allí dentro ayudando a Mark en lugar de permanecer con el culo sentado, leyendo el periódico? El triste consuelo que le quedaba era que Mark solo dejaba a una novia sollozante y no a una mujer con hijos. Mick no había vuelto a trabajar desde el accidente y, a pesar de que todavía no había tenido el valor de quitar el nombre de la furgoneta Volkswagen blanca de trabajo, seguía sintiéndose incómodo cuando la conducía. Había cambiado su ruta para evitar a la familia de Mark y la parada para tomarse algo en el bar de regreso a casa había sido suprimida indefinidamente. Pero con la ayuda de Jesse, Mick, poco a poco, fue saliendo del pozo oscuro en el que había caído y aprendió a reír de nuevo. Ahora, eran las diez de la mañana del último miércoles de octubre. Jesse le había dicho el fin de semana que ya era momento de dejar aquello atrás. Una semana más de baja y luego a empezar

a trabajar otra vez. Mick estuvo de acuerdo con ella y la amó más que nunca por su paciencia y comprensión.

Sin embargo, aunque Jesse era el principal amor de su vida, había otro: un Buick Roadmaster amarillo canario de 1936, con una carrocería Fischer, con la tapicería de cuero a juego y neumáticos blancos. Tenía un motor de ocho cilindros en línea con válvula delantera bajo un carburador Aerobat, y con su tracción de tubo de torsión y doble estabilización, el viejo Buick surcaba como nadie las carreteras.

Paradójicamente, Mick dio con el Buick por medio de su hermana Alicia. Uno de los compañeros traficantes de cocaína de Troy fue arrestado en una redada y estaba liquidando material para fugarse, pues había salido bajo fianza, a algún lugar desconocido. Mick le ofreció a este tipo cinco mil dólares en efectivo por el coche y el tío lo aceptó. Esto fue hace tres años y el Buick se había convertido en el orgullo y la alegría de Mick. No había nada que le gustase más que recoger a Jesse y a otra pareja para luego correr hasta Port Stephens o atravesar el valle Hunter con el estéreo puesto y el viento colándose por la ventana. Mick incluso se había llegado a comprar un traje de raya diplomática con la chaqueta cruzada en una tienda de oportunidades, que algunas veces usaba junto con una corbata colorida y un sombrero cuando llevaba a Jesse a cenar fuera. Para hacer feliz a Mick, Jesse una noche se vistió como Bonnie Parker para su cumpleaños. Pero se negó a volver a hacerlo. Claro que todo esto había pasado cuando el Buick funcionaba. Ahora, desgraciadamente, ya no lo hacía.

Ocurrió un día que Jesse se tomó libre a petición de Mick para poder ir a dar una vuelta por Shoal Bay, ver los delfines y luego comer en el Country Club, ya que este necesitaba distraerse de sus problemas. No había recorrido ni medio kilómetro desde que había salido de casa cuando redujo la marcha al aproximarse a una esquina y el plato de presión del embrague se agrietó. Esto había pasado hacía dos semanas. Ahora el Buick seguía esperándolo en

un taller en Hamilton, dirigido por los hermanos Nise: Neville el Neandertal y Jimmy el Jurásico, dos hombres grandes, con el pelo negro, graso, cuellos gruesos, ojos pequeños y brillantes y frentes en forma de huevo, amigos de Mick. Ellos habían sido sus mecánicos desde hacía años. Pero los negocios son los negocios y los chicos se estaban cansando de que el coche de Mick ocupase un espacio tan valioso en su taller. Mick empezó a preocuparse. Conseguir un plato de presión para un Buick de 1936 no era una tarea sencilla, y si no lo encontraba pronto, significaría que tendría que remolcar el vehículo hasta su casa para después intentar que un especialista en Buick, que vivía en Flint, Míchigan, en Estados Unidos, le enviara la pieza. Lo que le llevaría, si finalmente daba con el repuesto, semanas. Probablemente meses. Por no mencionar el coste. Y Mick echaba de menos su viejo Buick. Cada vez que se acercaba al taller, era como si visitase a un viejo amigo en la unidad de cuidados intensivos. Tras unos días, repentinamente, Jimmy el Jurásico llamó a Mick un martes para decirle que a lo mejor había una solución para su problema.

Una tía de los dos hermanos, la tía Bronwyn, organizaba las labores de voluntariado para el cuidado de las personas mayores que vivían solas. Cerca de New Lambton había una anciana preparándose para ir a una residencia, y tenía un automóvil que quería vender. Llevaba guardado en el garaje años y nadie sabía qué coche era. Pero las piezas de los coches viejos con frecuencia solían ser compatibles con las de otros de su misma época y si era un coche *vintage*, el plato de presión podría ser compatible con el Buick de Mick. Y si la antigualla estaba condenada al desguace y la mujer no pedía demasiado por ella, quizá mereciese la pena comprarla y así tener piezas de recambio. Estando tan desesperado como estaba por quitarles del taller de los hermanos Nise a su orgullo y alegría y volver a la carretera, Mick aceptó la oferta y sacó tres mil dólares del banco para ponérselos delante a la anciana, deseoso de llegar a



un acuerdo con ella. Ahora estaba en la cocina, esperando ansioso a que Jimmy llamara para darle el nombre y la dirección de la mujer. Iba a prepararse un café cuando el teléfono sonó. Se olvidó del café y respondió.

—¿Hola?

—¿Es el Shlomo Klinghoffer Bar Mitzvah? —respondió una voz ronca al otro lado del aparato.

—No. Has llamado a la charcutería de Yitzak Fishbinder en Fenton.

—¿Seguro que no es el Shlomo Klinghoffer?

—No.

—Ah.

—Jimmy. Deja de tomarme el pelo, por favor. Quiero que mi coche funcione. ¿Tienes la dirección de esa viejecita o qué?

—Sí, sí. No te pongas así —contestó el mecánico—. ¿Tienes un boli?

—Sí. —Mick asintió con la cabeza sujetando el teléfono.

—Muy bien. Se llama señora Hedstrom.

Jimmy le dio la dirección de la mujer. Se la repitió porque el boli que había cogido no tenía tinta y tuvo que ir a buscar otro.

—Creo que sé dónde está —repuso Mick—. Cerca del Regent Park. Hice un trabajo por esa zona.

—Estupendo —contestó Jimmy—. Ahora ya sabes qué hacer. Ve a ver el coche. Llámame. Y si merece la pena, iré hasta allí y lo remolcaré hasta aquí.

—No te preocupes —dijo Mick.

El mecánico al otro lado del teléfono se calló por un momento.

—Oye, ¿sabes que esto te va a costar dinero, verdad?

Mick movió la cabeza.

—¿Y cuándo no, Jimmy?

—Esperaré a que me llames.

Mick colgó el auricular y decidió no prepararse ningún café. En lugar de eso, se arregló y se vistió con unos vaqueros y una camisa azul a cuadros. Luego, tras meterse el sobre marrón

lleno de dinero en el bolsillo delantero del pantalón, echó la llave a la casa y se dirigió hacia la furgoneta blanca aparcada en la entrada.

Aunque tenía una actitud positiva cuando salió por la puerta de casa, Mick seguía sin poder evitar el sentimiento de tristeza que le entraba cada vez que se ponía al volante de la furgoneta desde la muerte de Mark. Habían pasado ya tres semanas y todavía esperaba que su compañero se subiera en el asiento del copiloto, se abrochara el cinturón e hiciera una broma rápida sobre cualquier cosa antes de que pusieran rumbo hacia el trabajo. Mick se quedó mirando fijamente el parabrisas durante un momento y después arrancó el motor. Le dio tiempo a que se calentara antes de girar a la derecha y alejarse de la entrada.

Era un hermoso día primaveral, no había tráfico y al poco ya estaba conduciendo por las calles de New Lambton. Dos calles pasado el Regent Park encontró la casa que estaba buscando, hacia la mitad de la calle, en la acera de enfrente. Detuvo el vehículo y comprobó la dirección.

Se trataba de una vieja edificación de madera blanca, con la pintura desconchada bajo un techo galvanizado de hierro oxidado. Una antena de televisión se sujetaba a duras penas al lado de una chimenea torcida y un portón oxidado se mantenía con dificultad apoyado contra una valla de ladrillo venida a menos en la parte delantera de la vivienda. A la izquierda, un camino llevaba al garaje y, detrás del portón, un sendero conducía a un porche de madera y a una puerta entre dos ventanas de seguridad. Aparte de un buzón amarillo, la única nota de color era un árbol grande que superaba la altura del tejado. Mick dio la vuelta con el coche hasta ponerse en el sentido contrario y lo detuvo detrás de un pequeño utilitario blanco aparcado en la entrada; luego, apagó el motor y salió de la furgoneta. Se acercó y abrió el portón justo cuando la puerta de entrada se cerró de golpe y una mujer rubia y robusta, ataviada con un guardapolvo azul,

apareció por el camino dando grandes zancadas. Su cara reflejaba una mezcla ardiente de rabia y frustración.

—Hasta aquí hemos llegado —soltó la mujer, negando con la cabeza con ira—. Nunca más volveré a venir aquí. Que la maldita señora Bronwyn haga el trabajo. No necesito el dinero.

—Hola —dijo Mick, manteniendo la puerta abierta—. ¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? —La mujer le clavó la mirada—. ¿Es usted el limpiador?

Mick negó con la cabeza.

—No. He venido a ver a la señora Hedstrom para hablar de su coche.

—Bien, que tenga usted mucha suerte.

La mujer pasó junto a Mick malhumorada y se metió en el pequeño coche blanco de la entrada, con un portazo. Tan pronto como aceleró el motor ruidosamente al encenderlo, hizo crujir el coche al cambiar de marcha y desapareció calle abajo haciendo rechinar los neumáticos con furia. Mick soltó un suspiro rápido mientras cerraba el portón y luego se dirigió hacia la puerta principal, donde había un timbre a la derecha, por encima de una gran planta de jade en una maceta de plástico. Llamó al timbre y un sonido, similar al de una alarma de coche, vino del interior de la casa. No hubo ninguna respuesta. Esperó y volvió a llamar al timbre.

—¡Vale, vale! —vociferó una voz horrible y quejumbrosa desde el interior—. No tiene por qué tirar la casa abajo. Estaba en el servicio. No estoy sorda, ¿sabe?

—Lo siento —se disculpó Mick.

Esperó a que la puerta se abriera, un tanto arrepentido, y apareció delante de él un fantasma bajito y encorvado, con una bata azul con una bufanda verde sobre la cabeza, que se asomaba por detrás de la cadena de la puerta. En un rostro pequeño y anguloso, se dejaba ver por debajo de la bufanda una nariz puntiaguda y unos ojos llorosos que centelleaban con odio y

repugnancia. Una mano escuálida reposaba sobre el pomo de la puerta y la otra se agarraba a un bastón metálico.

—Bueno, ¿qué quiere? —lo abordó la figura enfundada en una bata.

—¿Es usted la señora Hedstrom? —preguntó educadamente Mick.

—Por supuesto que soy la maldita señora Hedstrom —espetó la anciana—. ¿Quién si no iba a ser? —Los acuosos ojos miraban a Mick—. Venga, pase. No se quede ahí de pie, maldita sea. ¿Qué quiere?

Mick vaciló por un momento.

—Vengo a ver el coche que a lo mejor está interesada en vender, señora Hedstrom —repuso.

La mujer mayor pareció ignorar su respuesta.

—Supongo que lo ha enviado la maldita señora Bronwyn, ¿verdad? ¡Perra! —soltó—. Conspira contra mí, ¿sabe? Quiere meterme en una residencia. —La mujer hizo una pausa para tomar aliento—. Bastardos. No me meterán en ninguna maldita perrera glorificada.

—¿La mujer que acabo de ver en el camino de entrada era la señora Bronwyn? —preguntó Mick.

—No —espetó la anciana—. Esa era Maxime. Es otra perra vaga que no vale para nada. En estos días que corren, no puedes fiarte de nadie. —La mujer se detuvo para inspirar profundamente—. Todos intentan hacerte daño, ¿sabe? ¡Nnnrghh! Sin embargo, conmigo no lo conseguirán. Malditos.

—No. Tiene razón, señora Hedstrom —dijo él—. Manténgase en guardia. Yo lo hago.

—Malditos. El mundo está lleno.

*Dios mío, pensó Mick, ¿qué estoy haciendo aquí? Es una anciana sacada del infierno.*

Alzó la mirada hacia Mick.

—Entonces, ¿por qué ha venido? ¿Qué es lo que quiere? Nngrrhh.

—He venido a ver el coche —respondió él.

—¿El coche? —gruñó ella—. Bien, ¿por qué no empezó por ahí? Me tiene aquí de pie. Soy una mujer mayor, ¿sabe? Tengo ochenta y seis años.

—Oh... no los aparenta —sonrió Mick.

—Sí. Bueno, no necesito que me lo diga. —La señora Hedstrom frunció el ceño. Ese gesto dio paso a una mueca—. Bien, venga por aquí —gritó—. No se quede ahí.

—¿Qué me dice de la cadena? —preguntó Mick.

—¿Cadena? ¿Qué maldita cadena?

Él la señaló.

—Esa de ahí.

La anciana miró la cadena y luego centró su mirada en Mick.

—Claro, ¿cómo iba a darme cuenta? ¿No ve que soy una señora mayor? Tengo unos malditos ochenta y siete años, ¿sabe?

—Lo siento —se disculpó él.

La mujer quitó la cadena y luego levantó la mirada hasta Mick, enfadada.

—Bueno, ¿qué va a hacer? —espetó—. ¿Va a entrar o qué?

—Sí. Sí. Gracias.

Mick dio un paso hacia delante, entró en la casa y la señora Hedstrom cerró la puerta tras él. Estaba muy oscuro. Pero pudo intuir el dormitorio a la derecha y un pasillo que conducía hacia la cocina del fondo. A la izquierda, había un comedor repleto de curiosidades. Empezaba a reconocer algunas cosas según sus ojos se acostumbraban a la falta de luz, cuando de repente parpadeó y comenzó a tener arcadas. La casa tenía un hedor a orina rancia. Estaba a punto de comprobar la parte delantera de la bata de la señora Hedstrom, cuando en la oscuridad distinguió una caja de gato detrás de un sillón reclinable situado frente al televisor, cerca de la ventana que daba a la entrada. Lo siguiente que vio fue un gato senil, gordo, con la cara gris azulada, con la tripa rozando el suelo, temblando, maullando y frotando su espalda contra la pierna de Mick.

—Esa es Hazel. Hágale una caricia —ordenó la anciana.

—Está bien. —Sonrió. Le hizo una caricia y se encontró con un pelo fibroso—. Gatito bonito —dijo, conteniendo las ganas de vomitar.

—Es mi amiga —repuso la señora Hedstrom.

—Sí. Ya veo —dijo con la voz entrecortada.

La señora Hedstrom lo fulminó con una mirada de arriba abajo.

—Espere aquí —ordenó—. Tengo que tomarme la pastilla.

—De acuerdo —respondió él.

Mientras la anciana arrastraba sus pies hacia la cocina, Mick reparó en un montón de periódicos que descansaban sobre el suelo; rápidamente se hizo con dos y los colocó encima de la caja de la gata. Ayudarían a contener el olor. Estaba inspirando un poco de aire cuando el animal se acercó en busca de otra caricia. En lugar de dejar que le llenase los vaqueros de pelos, optó por darle una patada rápida por detrás. El animal saltó sorprendido, después se giró y miró estúpidamente a Mick antes de cruzar tambaleándose la sala y salir por la gatera al jardín trasero. La anciana regresó de la cocina y le dedicó una mirada de desconfianza a Mick.

—Y ahora, ¿qué es lo que quería? —preguntó la mujer.

—El viejo gato... quiero decir, ¿el viejo coche que está pensando en vender...? —respondió él.

—Está fuera en el garaje.

—Eso pensaba.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta? —replicó la señora Hedstrom malhumorada.

Mick le clavó la mirada y sacudió la cabeza.

—No lo sé —repuso con una expresión de impotencia—. Simplemente lo he hecho.

—Formularme preguntas estúpidas. —Frunció el ceño—. ¿Dónde pensaba que estaría el coche?

—¿Puedo verlo, por favor? —rogó.

—¿No es para eso para lo que ha venido hasta aquí? —voci-feró la anciana, mirándolo de modo amenazante—. Vamos, por aquí —dijo, dándose la vuelta lentamente—. No se quede ahí parado todo el día. Y no camine tan fuerte. Asustará a la gata.

—Seré más ligero que Campanilla —dijo.

Mick siguió muy despacio a la señora por el comedor, luego fueron a dar con la misma puerta de cristal por la que la gata había salido a un jardín trasero, con un empedrado desigual, rodeado por tres vallas de madera tambaleantes por las que sobresalían árboles. Había algunas plantas metidas en macetas esparcidas alrededor del jardín. Mick notó que la gata le clavaba la mirada desde el punto más alejado del recinto. Aún en pie, a mano derecha, resistía un cobertizo destartado de madera que necesitaba urgentemente otra mano de pintura. A la izquierda quedaba el garaje, que estaba en las mismas condiciones. La puerta del garaje era basculante. Mick siguió a la señora mientras se dirigía, arrastrando los pies, hacia una puerta en el lateral.

—Esa maldita señora Bronwyn —gruñó la anciana—. Me llevó al hospital, ¿sabe?

—¿Sí? ¿Qué pasó? —preguntó Mick.

—Me hice daño en la pierna. ¡Nngrhh! Malditos hospitales. Hacen experimentos ilegales con las personas mayores, ¿lo sabía?

—¿De verdad? —dijo él.

—Le doy mi palabra. En especial ese maldito médico inglés. Era un zalamero. Maldito. Pero yo sabía qué me estaban haciendo. Andaba tras ellos. Maldita señora Bronwyn. Conspira contra mí. ¡Perra! —La mujer alzó la mirada hasta Mick—. Tengo ochenta y ocho años, ¿sabe?

—Sí. Ya me lo ha dicho. —Mick sonrió.

—Pero siguen sin engañarme. ¡Malditos!

—Desde luego —dijo él.

Llegaron a la puerta lateral y la viejecita arremetió contra ella con un golpe seco de su bastón.

—Está aquí dentro —matizó.

Mick lo intentó con el pomo de la puerta.

—Está cerrada —dijo él.

—Pues claro que está cerrada —espetó ella—. No pensará que iba a dejarla abierta, ¿verdad? Este lugar está lleno de ladrones.

—No. Por supuesto que no —respondió él—. Entonces, ¿puede dejarme la llave?

—¿La llave?

—Sí. De la puerta.

—No hay ninguna llave. Se abre desde dentro —refunfuñó ella. Mick la miró fijamente y negó con la cabeza.

—No me refiero a la puerta basculante —aclaró—. Me refiero a esta puerta.

La señora Hedstrom cogió de su bata una llave atada a un trozo de cuerda rojo y la movió bajo la barbilla de Mick.

—Bien, ¿qué piensa que es esto? ¡Dios! Decídase. Es igual de estúpido que esa maldita Maxime.

—Lo siento —repuso él—. Estoy un poco lento.

—¡Nnngrhh! —gruñó la anciana—. Debería irse a la cama temprano, en vez de estar de picos pardos toda la noche.

—Tiene razón —dijo él—. Es que vengo de una familia de juerguistas.

Mick cogió la llave de la huesuda mano de la señora Hedstrom y la metió en la cerradura. Se deslizaba perfectamente, pero la puerta estaba encajada. Mick la empujó con el hombro y tras una gran resistencia, cedió.

En el interior del garaje, el aire tibio era una mezcla lúgubre de olor a cerrado y mugre. El único halo de luz se colaba por una pequeña ventana con barrotes al fondo, llena de polvo y telarañas. En el medio, un rectángulo de lona gris rígida repleto de grietas y de manchas de grasa reseca, ocupaba la mayor parte del espacio. Mick encontró el interruptor cerca de la puerta. Presionó y una bombilla que colgaba del techo alumbró el garaje con un resplandor amarillo enfermizo.



Mick recorrió con la mirada toda la sala y pudo reparar en algunas estanterías de madera torcidas, formando una ringlera sin orden ni concierto, con botes sucios de clavos y latas de pintura oxidadas. Una vieja lámpara a prueba de viento reposaba entre las latas, junto con varias herramientas pequeñas y otros trastos y, al igual que la ventana, todo estaba cubierto por una capa de polvo espesa y telarañas. Mick volcó nuevamente su atención en la lona de lino alquitranada y, con la señora Hedstrom observando desde la puerta, cogió un extremo y tiró.

—¡Maldita sea! —exclamó él, según la lona iba cayendo al suelo con rigidez, envuelta en una nube de polvo—. Qué demo...

Aparcado, con el morro hacia la entrada, había un sedán azul oscuro, de dos puertas y cuatro plazas, con los faros montados en el guardabarros. Tenía un techo de lona negro, las ventanillas eran rectangulares y la mitad superior del parabrisas tenía una banda sombreada. Los neumáticos estaban deshinchados y las llantas eran de metal sólido sin tapacubos y más estrechas de lo normal. Mick limpió la ventanilla del asiento del copiloto y se asomó al interior para ver la tapicería de cuero a juego. Estaba agrietada, pero todavía en buenas condiciones y la tela del techo solo estaba despegada por las esquinas. Una larga palanca de cambios metálica se erigía sobre el suelo del vehículo y un volante de madera con radios sobresalía de un salpicadero metálico irregular en el que solamente había un velocímetro, el indicador del depósito de gasolina y el amperímetro. No había ninguna llave en el contacto y, cuando Mick dio un paso hacia atrás, reparó en que también faltaban las matrículas. En el parabrisas aún quedaban los restos de un marbete blanco con la información de registro del coche y, bajo la escasa luz del garaje, el electricista fue capaz de descifrar lo siguiente: «Gobierno de Nueva Gales del Sur, 1925». Recorrió con la mirada el capó y le echó un vistazo al radiador. Estampado en la parte superior estaba el escudo con las tres flechas apuntando hacia abajo y la

impresión transversal de la palabra «Maxwell». Mick contemplaba fascinado aquel viejo modelo. La última vez que había visto algo parecido fue cuando estaba viendo el deudé de *Los Intocables* en casa de Jesse. Se giró hacia la anciana que seguía en el umbral de la puerta.

—Señora Hedstrom, ¿de quién era el coche antes de que pasase a ser suyo? —preguntó bromeando—. ¿De Al Capone?

—¿Quién es ese? —espetó la mujer—. ¿Y por qué iba a ser mío? No conduzco. Mi tío Lonsdale lo dejó aquí.

—¿El tío Lonsdale?

—¡Nngrhh!

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó él.

—Pues no sé... —La señora Hedstrom frunció el ceño—. ¿Cómo pretende que me acuerde? Aún iba al colegio. —Le clavó la mirada—. Tengo ochenta y nueve años, ¿sabe?

—Siempre se me olvida —contestó Mick.

—Bien, debería prestar más atención.

Mick examinó a conciencia el coche y deslizó con admiración su mano por el capó. Era una pieza única. No le cabía la menor duda de que el plato de presión del embrague le iba a costar demasiado caro. Sin embargo, debía descubrir cuál era la cantidad que tenía en mente la anciana.

—Entonces, ¿cuánto pide por el coche, señora Hedstrom? —le preguntó sin ambages.

—Dos mil quinientos dólares —respondió enfadada—. Y ni un céntimo menos.

La miró con incredulidad.

—¿Ha dicho... dos mil quinientos dólares?

—Sí, eso es lo que he dicho —refunfuñó—. ¿Qué? ¿Además de estar dormido está sordo?

—No —dijo Mick, moviendo la cabeza—. Para nada.

—Bien, pues eso es lo que quiero. Lo toma o lo deja. O desaparezca de mi vista. —Lo miró fijamente—. Intentando aprovecharse de una mujer mayor...

—No, no —se apresuró a decir él—. Me ha malinterpretado. De hecho, no se va a creer esto, señora Hedstrom. Pero es precisamente ese el precio que tenía en mente. —Se sacó del bolsillo el sobre lleno de dinero y lo desplegó delante de la anciana.

La mujer miró el dinero, luego se lo arrancó sin contemplaciones de la mano.

—Enséñeme eso —dijo. Podía ser una señora mayor y débil, pero sus dedos huesudos sabían cómo contar billetes—. Parece que está bien —gruñó—. Es más, hay quinientos dólares de más.

—Sí, así es —contestó Mick—. También se los puede quedar. La señora Hedstrom lo atravesó con la mirada.

—¿También? ¿Para qué iba a necesitar yo todo ese dinero? —clamó—. Sé lo que necesito. ¿Quiere que pierda mi pensión? Estúpido idiota —le siseó—. Sabía que había algo en usted que no me gustaba.

—Está bien, está bien —dijo él—. Lo siento. Sacaré los quinientos dólares que sobran.

Mick fue a retirar el dinero del sobre cuando la señora Hedstrom se abalanzó sobre él como si fuera un tigre.

—¿Qué está haciendo con mi dinero? —chilló—. Devuélvame. Ladrón.

—No —respondió Mick, dejando el dinero—. Tome. Cójalo. Es todo suyo.

—Maldito ladrón asqueroso —gruñó ella—. Intentando robar a una anciana pensionista. —Levantó su garrota y le propinó un bastonazo en la pierna—. Debería avergonzarse de sí mismo.

—Tiene razón —repuso él, retrocediendo antes de que la mujer pudiera pegarle de nuevo—. Mire, señora Hedstrom, ¿por qué no se lleva el dinero dentro de casa? Yo iré al coche a por una factura. Después, cerraremos el trato y me marcharé.

—Sí, claro que se marchará —refunfuñó la anciana—. No crea que va a quedarse holgazaneando por aquí todo el día, ¿sabe? —Se guardó el dinero en la bata—. Lo veré en la cocina —apuntó.

—De acuerdo.

Mick le devolvió la llave a la señora Hedstrom y apagó la luz al salir del garaje, pero dejó la puerta abierta. La señora caminaba ya hacia la casa, arrastrando los pies, cuando se detuvo y se giró hacia Mick.

—¿Le gustaría tomar una taza de té? —le preguntó.

Él la miró, anonadado.

—Sí. Estaría bien —contestó.

Mick dejó a la anciana y se dirigió hacia la furgoneta sin estar muy seguro de si era él quien le estaba robando a la señora o al revés. Sin contar con lo del plato de presión compatible con su Buick, el viejo coche había resultado ser una ganga. Abrió la puerta de la furgoneta y cogió tanto las hojas de pedido como el talonario. Los colocó uno encima del otro y luego sacó el móvil y marcó un número.

—Hola —gruñó una voz al otro lado del aparato.

—¿Jimmy? Soy Mick.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado con ese coche viejo?

—Es un Maxwell de 1925.

Mick le hizo una breve descripción del coche y le dijo que lo iba a comprar. Cuando Jimmy le preguntó cuál era el precio, Mick simplemente respondió que demasiado.

—Así que, tienes un antiguo Maxwell —señaló Jimmy—. Uno de los buenos. Mierda, son tan raros de encontrar como la cagada de un caballito de madera.

—¿Verdad? —dijo Mick.

—¡Sí! Y si no me equivoco, los fabricó Chrysler en Míchigan. Y tienen un muelle de liberación del embrague autolubricante. Así que hay muchas posibilidades de que el plato de presión sea compatible con tu Buick.

—Increíble. Entonces, ¿cuándo puedes venir y recogerlo, Jimmy?

—¿Cuándo? —dijo alargando la palabra—. Oh... —De repente se produjo una pausa al otro lado de la línea—. ¡Mierda!

¿Esa que acaba de entrar es la mujer de Neville? ¡Joder! Sí que es. Voy para allá.

Mick cerró el teléfono en cuanto acabó la conversación. Sonrió, cogió el talonario y emprendió el camino de vuelta al interior de la casa, llamó a la puerta y entró. Una puerta conducía hacia un cuchitril que hacía de cocina, con un pequeño frigorífico y una cocina Kookaburra situada junto al fregadero. Un plato maloliente y medio lleno con comida de gato descansaba sobre el suelo. Pero la cuidadora había limpiado y ordenado el resto. La señora Hedstrom estaba de espaldas, sirviendo el té en dos tazas. Oyó entrar a Mick y se ladeó.

—¿Lo toma con leche y azúcar? —le preguntó.

—Sí, por favor —contestó él—. Con una de azúcar.

—Bien. Bueno, póngaselo usted mismo, maldita sea. No soy su sirvienta. Y tráigalo a la mesa. ¡Nnngrhh!

—Vale.

La señora Hedstrom le propinó a Mick un codazo en el costado con su bastón para poder pasar a su lado, con su taza de té, cuando se dirigía hacia una mesa de bambú con sillas a juego, ya cerca de la puerta trasera. Mick encontró algo de leche en polvo y azúcar y los cogió junto con su taza de té, después, los llevó a la mesa y se sentó frente a la anciana. Bebió y echó un vistazo rápido a su alrededor. Ojeó las típicas estanterías repletas de curiosidades, juegos de té, libros viejos y las cosas que suele haber en casa de una persona mayor, junto con unos pocos cuadros pequeños y una o dos fotografías.

—Está muy bueno el té, señora Hedstrom —le reconoció Mick.

—Sí. No puede resistirse a una buena taza de té —respondió ella.

—No. Desde luego que no puedo. —La bebida caliente parecía tener un efecto relajante en la anciana. Mick esperó un poco más antes de abrir su libro talonario—. Está bien, señora Hedstrom —dijo—. Rellenaremos esta factura y habremos acabado con esto.

—¿Factura? —La mujer mayor se despertó de su letargo—. Le había dicho que nada de facturas. El pago es en efectivo. ¿Quiere que pierda mi pensión? En efectivo. ¿Es que no lo entiende? Idiota.

—Sí, lo sé. —Asintió Mick—. Ya tiene el dinero en efectivo. Y está todo bien.

Mick consiguió tranquilizar a la señora Hedstrom y convencerla de que no había nada de lo que preocuparse, pero que él necesitaba tener un recibo porque el coche no estaba registrado y no tenía las matrículas. Por lo que iba a emitir dos facturas escritas a mano de la venta y dos recibos. Cada uno se quedaría con una copia, así el impuesto general sobre la compraventa estaría resuelto y ella no perdería su pensión. La señora Hedstrom se puso unas gafas inmensas y examinó con detenimiento los cuatro documentos. Después, se detuvo con el boli antes de firmarlos.

—Solo una cosa más —matizó ella, mirando directamente a los ojos a Mick.

—Claro, ¿de qué se trata, señora Hedstrom?

—No le diga a nadie cuánto me ha pagado por el coche.

—Lo comprendo, señora Hedstrom. Mis labios están sellados. No diré ni una palabra. —Mick negó con la cabeza.

—¡Nnngrhh!

Mick le dio otro sorbo a su té mientras contemplaba a la anciana por encima del borde de la taza. Era un monstruo viejo, horrible, amigo de las discusiones, malhumorado. Pero había algo en ella que despertó su curiosidad. Esperó un poco antes de posar sobre la mesa la taza.

—Bueno, cuénteme algo sobre usted, señora Hedstrom —dijo él—. ¿Ha vivido siempre aquí?

—No es de su incumbencia —espetó ella.

—Sabía que diría eso. —Mick sonrió.

Ella lo observó por un momento.

—Vivía aquí con mi madre antes de que muriera, hace veinte años —dijo en voz baja.

Mick dejó que hablara sin interrumpirla. Divagaba y perdía el hilo conductor, pero le dio a entender que había nacido en esa casa, que sus padres nunca llegaron a casarse y que su padre las abandonó cuando ella era un bebé. El tío Lonsdale era el hermano de su madre y un hombre malo. Dejó el coche en el garaje una noche, advirtiéndolas de que lo dejaran donde estaba y que no se lo dijeran a nadie. Y aunque nunca más supieron nada de él una vez que se marchó, su madre seguía sin querer mover el coche. Por lo visto, la madre de la señora Hedstrom no estaba muy cuerda. A Mick se le vino a la cabeza el dicho de que de tal palo, tal astilla, e intuyó que esa había sido probablemente la razón por la que el padre de la señora Hedstrom se había ido. Pero siguió mandándoles dinero hasta que las dos tuvieron derecho a percibir la pensión. En un principio, la casa era propiedad de otro tío, William, quien se la cedió para que así la señora Hedstrom pudiera cuidar de su madre. Cosa que hizo hasta que esta murió; nunca trabajó, nunca se casó; una vieja solterona. Y eso era todo.

A Mick le resultó un tanto triste la historia de la señora Hedstrom. Tan pronto como la anciana se fuera a una residencia, la casa pasaría a manos del gobierno, ya que no tenía familiares, y aparte de por algún registro en el Ministerio de Asuntos Sociales y la Seguridad Social, pocas personas sabrían que la señora Hedstrom y su madre existieron. Dos personas más que la sociedad había olvidado y dejado a un lado.

Mick estaba terminándose su té cuando el timbre sonó, seguido de un golpe seco en la puerta principal.

—¿Quién es? —preguntó la anciana—. Será mejor que no sea esa maldita señora Bronwyn.

—No. Debe de ser mi compañero que viene a remolcar el coche —explicó Mick—. Quédese aquí, señora Hedstrom. Iré yo.

—Malditas personas que merodean por mi casa —se quejó—. ¿Es que una mujer no puede tener algo de privacidad?